

Culturas

Reportaje

PEI OH. RIAÑO
MADRID

Desperta cuando el frío y la oscuridad son los dueños de la noche. Alarga la mano y siente que su hijo todavía duerme a su lado. No hay nadie más. Ni se le espera. Son ellos dos, padre e hijo en medio de un paisaje arrasado por lo que parece haber sido un holocausto nuclear. En el arranque de *La carretera* (Mondadori) Cormac McCarthy señala lo que ya había subrayado años atrás en la trilogía *Todos los hermosos caballos*, *En la frontera* y *Ciudades de la llanura*: un mundo eminentemente solitario y masculino.

McCarthy hace de la épica drama obligando a sus personajes a aprender a ser héroes movidos por la supervivencia, en medio de un accidente necesario y fatal. La ausencia de la presencia femenina no hace de esos mundos algo mejor, como pasa en *El niño perro*, de la escritora australiana Eva Horning, que acaba de publicar *Salamandra*.

Así como McCarthy dejó planteado en esos cuatro libros una defensa desesperada del individuo ante un entorno agresivo, Eva Horning descubre a un Mowgli moscovita, que ha vivido entre perros callejeros desde los 4 años, abandonado por su madre, tratando de defenderse de una ciudad que no le aceptará jamás. También esta novela es implacable: no hay más salida que la extinción.

Una ausencia, una novela

Bajo la amenaza de ser castigado y encerrado en el armario, Horning lanza a su personaje a las calles después de que hayan pasado varios días y su madre haya desaparecido de la casa en la que viven. "Rommochka se hallaba completamente solo", sitúa al protagonista, hasta que en el extrarradio, entre edificios abandonados y solares desangelados, la matriarca de una jauría de perros le encuentra. "No creo que las relaciones entre madres e hijos necesiten romperse en la literatura, pero es cierto que hasta la figura de la madre más dura y terrible de todas hace grande a una novela. De hecho, la ausencia de una madre es un relato en sí mismo", explica la autora a este periódico.

Las intenciones de Horning son evidentes: demostrar el salvajismo humano y el cariño animal, pero donde no es tan obvia es en la valentía con la que entra a describir la relación del niño con los perros y la ciudad. Sí, el niño es amamantado por la perra, muerde a sus

SIN NOTICIAS DE MAMÁ

La novela retrata las reglas de un mundo implacable y solitario, en el que la figura de la madre está en peligro de extinción



Las mujeres han acabado con el paraíso machista y ahora todos se encuentran en el mismo error. Elizabeth Smart, Eva Horning y Mercedes Álvarez describen un mundo en el que la madre se aleja de la maternidad. GETTY IMAGES

hermanos, lame sus heridas y lucha con otra jauría para defender su territorio. La ferocidad humana huele peor que el hambre animal, a pesar de que contemos con el habla para dulcificar el bocado: "Los perros hacen lo que tienen que hacer para sobrevivir. Los humanos también. Los perros se vuelven salvajes contra los forasteros y los humanos cuando la vida crece en desesperación. El salvajismo puede tomar muchas formas, como el lenguaje. La lengua puede ser tan salvaje como los dientes en sus efectos", cuenta Horning.

Solo en un par de ocasiones la autora hace que su personaje recuerde a su madre, dando a entender que es prostituta, toxicómana y crea para él dos nuevas madres suplentes: una le da de comer las sobras del restaurante para el que trabaja, la otra es una psicóloga que quiere estudiar su caso. La primera le traiciona con la policía, la segunda no es más que una farsante.

Sin lazos ni afectos

"No es que ahora nos atrevamos a matar a la madre, es que estamos obligados también a hacerlo: el parricidio ya no es suficiente, se requiere también el matricidio porque hoy ese contexto económico que llamamos vida nos exige que no mantengamos lazos ni raíces ni afectos. 'Abandona padre y madre y sígueme', dijo el nazareno y hoy día eso mismo está escrito en el frontispicio de todas las empresas", es el análisis del editor Constantino Bértolo, que acaba de publicar el libro de la argentina Mercedes Álvarez, bajo el título *Historia de un ladrón*, en *Caballo de Troya*.

Un padre y un hijo suben a una camioneta, en la que "siempre había olor a queso", camino de cumplir con su cometido: el primero, formar parte de un atraco, el segundo, quedar al amparo de un ladrón después de haber sido abandonados ambos por la madre. Largas carreteras, silencios, desolación e intemperie, una complicidad autosuficiente en marcha y una prosa tan seca como los márgenes del asfalto, han terminado por recordar a McCarthy. De hecho, fue Bértolo quien descubrió al norteamericano a los lectores españoles cuando dirigía *Debate* en los noventa.

"Yo no veo semejanzas entre la novela de Mercedes y *La carretera*, porque son tan semejantes que me parece demasiado evidente", añade Bértolo que critica el mundo varonil y viril que exalta McCarthy en sus novelas. "Quizá por eso nos gusta tanto, por que tenemos nostalgia del paraíso machista perdido".



SOLOS ANTE LA ADVERSIDAD

La desaparición de la madre en estas novelas hace del padre una figura dispuesta a ser la madre. La película dirigida por John Hillcoat, basada en la novela 'La carretera', de Cormac McCarthy, le puso imagen a esta idea.

Bértolo: «Hoy se pide el matricidio para acabar con los lazos y los afectos»

«La ausencia de una madre es un relato en sí», explica Horning

Álvarez ha creado un personaje que se feminiza y aprende a amar

Al respecto, la propia autora de *Historia de un ladrón* declara que ha construido un hombre "que se femineiza y aprende a amar, por primera vez en su vida, a un hijo que acepta como tal sin tener ninguna prueba definitiva de que es su hijo". Aunque la madre haga acto de presencia al final, es más un recurso narrativo limitado a la sorpresa, porque la única figura femenina que aparece, la tía que se hará cargo del niño, será una falsa madre: "El padre es la madre, pero claro, resulta que la figura de la madre es irremplazable".

Precisamente, esta visión es la que Elizabeth Smart (1913-1986) arrastra hacia la amargura al narrar su figura de madre en el libro *Los pícaros y los canallas van al cielo* (Periférica). La tercera mujer escritora que borra las huellas de la madre en su relato lo hace desde la autobiografía. "Quién puede desertar si tiene una balsa

llena de niños en el océano", se pregunta para incidir poco después que "el útero es un equipaje difícil de manejar".

Detrás de todo este rencor y destrucción de la figura materna se encuentra su relación con el poeta George Barker: si *En Grand Central Station me senté y lloré* contaba su pasión por ese hombre, casado, del que se enamoró antes de conocerlo personalmente, y con quien tuvo varios hijos de los que se ocupó sola, en la novela a la que nos referimos, desmenuza, 40 años después de conocer a Baker, todas las obligaciones que como madre han acabado con la mujer que a los poco más de 20 años desaparece para convertirse en "una chica joven que usurpa el lugar de la esposa".

"Y así, en el siglo XX, nace el hijo de un hombre, mientras sobre el alarido de la agonia las mujeres piden un tiempo muerto para ir a tomar una taza de té", insiste la escritora. Para su editor, Julián Rodríguez, es una autora mucho más moderna del mundo que está narrando por la vehemencia de sus textos.

"Sylvia Plath, coetánea suya, fue mucho más tradicional en la idea de maternidad. Smart es una madre artista, que abandona sus labores para ocupar otros papeles como el del padre. Ella quiere disfrutar de la noche, y sus hijos le estorban. De hecho, en el propio libro ni siquiera da sus nombres cuando habla de ellos", comenta el editor. Sólo el prisionero entendiendo el significado de la libertad, sólo la novela absorbe con tanta abundancia los cambios de roles sociales de la cultura a la que mira. •

LA MADRE DE LA NOVELA

El alma de los conflictos tiene nuevos protagonistas. La mujer se retira a un segundo plano y la ficción descubre la cara más cruel de una sociedad sin raíces.

Muerte al hijo

"En una cultura tan machista como la nuestra donde la madre-mujer (es decir, la mujer ya domesticada) siempre desempeñaba una función "no-viril", no importante, la necesidad de matar a la madre parecía algo fácil de llevar a cabo", explica el editor Constantino Bértolo. Sin embargo, añade, ahora las mujeres-madres no van a permanecer pasivas. "Es más, ese contexto económico que llamamos vida les está exigiendo a ellas no sólo la castración del macho, sino también que den muerte al hijo. Y esto sí que es nuevo. Esto sí que podría transformar la estructura y la sintaxis de las narraciones literarias dominante".

Mujer orquesta

"En la literatura norteamericana hay un desencuentro vital con la madre que siempre acaba resolviéndose en un reencuentro. En Francia, la novela es mucho más crítica y menos benevolente con la figura de la madre. En la actualidad, la madre se ha convertido en una madre orquesta, que ocupa el papel de la madre y el padre", recuerda Julián Rodríguez para quien las revoluciones industriales alteraron el papel de la maternidad y la novela es capaz de reflejarlo.

Prosa seca

"El lenguaje de este libro surgió mientras escribía, y tuve que ser consecuente con él. La novela me exigió desnudez, una prosa simple y mayor exposición que en mis libros anteriores", confiesa la poeta australiana Eva Horning, autora de "El niño perro". Mercedes Álvarez también emplea esa voz seca para contar la relación entre el padre y el hijo en "Historia de un ladrón". Por eso el relato "podría considerarse desolador en muchos momentos, pero creo que también tiene momentos de ternura". Por último, la más cruel de todas ellas, Elizabeth Smart, se muestra más florida en imágenes, pero sin ofrecerse ni una sola escapatoria u oportunidad de su autodestrucción.

Indefensión

"Él es muy humano en su pena y desesperación sobre lo que debe hacer", apunta Horning sobre su personaje, abandonado y tomando decisiones con apenas 11 años de edad, que afectan a la vida de sus hermanos cachorros. "El mundo en el que él entra, tras abandonar su vida como perro, es terrible". La sequedad de la esperanza es implacable.

«Quiero que me vean más de cuatro gatos»



Pedro Aguilera, ayer, en el Festival de Sevilla. LAURA LEÓN

Pedro Aguilera arriesga en su segunda película tras asombrar en Cannes con su debut

ÁNGEL MUNÁRRIZ
SEVILLA

No hay palabra en el planeta cine que vista mejor de sofisticación e intelectualidad a un director que "Cannes". En 2007, con apenas 30 años, el donostiarra Pedro Aguilera cosechó en la Quincena de Realizadores del festival entre festivales críticas elogiosas y aplausos con su debut en el largometraje: *La influencia*, una cinta sobre la soledad y la alienación rodada con actores no profesionales. Sólo con ese aval, Aguilera podría sacar pecho como la última promesa del cine español independiente o cualquier otro cliché al uso. Pero no. Ya con su segunda película bajo el brazo, al director aún le puede una especie de prudencia que es más escéptica que modesta.

"Mi primera película no la vio ni Krasty, seamos claros. Pero como fue a Cannes y la crítica la puso de puta madre, pues ya está. Todo el mundo empezó a decir 'este tío es guay'. Pues ya está, soy guay", afirma con gesto resignado. Aguilera, que trabaja también en publicidad, quiere "vivir del cine, aunque el cine no lo es todo". "No soy el típico flipado del cine. Hay más cosas", dice. Afirma que cada vez piensa "más en el espectador" y es "menos egocéntrico", porque quiere que sus películas "las vean más de cuatro gatos".

No obstante, de su segunda película él mismo admite que es "rarita". *Naufragio*, proyectada ayer en la sección oficial del Festival de Cine Euro-

peo de Sevilla, narra las peripecias de un subsahariano en una España rural descrita en buena medida con los tópicos de la España profunda: varones grotescos, machistas, simples, y aquí para colmo aficionados al fútbol, los toros y la caza. Dicho así, suena a cine social. En absoluto.

Naufragio es una arriesgada cinta simbolista, de imágenes potentes que no desprecian siempre significados literales, alejada de la narrativa convencional. Es todo lo que no entendemos por cine comercial. Aguilera tampoco traza con ella una continuidad clara con *La influencia*. "Tras mi primera película, que era mucho más cerrada y accesible, he querido negarme a mí mismo", explica.

"En el rodaje, la mitad del equipo no entendía nada, pero confiaban en mí. Es una película existencial, no social. Va al subconsciente, al neandertal que llevamos dentro", cuenta. El protagonista, Robinson —la película es una deconstrucción de la obra cumbre de Daniel Defoe—, es un inmigrante conectado espiritualmente con sus ancestros. Y es ahí, y no en la esfera social, donde Aguilera pone el acento. "Muchos inmigrantes llegan de culturas animistas y basadas en la magia. La visión paternalista los considera a todos iguales, pero no lo son. Creo que España ha perdido ese contacto con la mística", afirma. •

Fundación Juan March.

Castelló, 77.

CICLO DE MIÉRCOLES: "Brahms, el progresista": un programa de Schoenberg" (II)

Cuarteto Quirgas
Cuartetos de A. von Webern, A. Schoenberg y J. Brahms
Miércoles, 10 Noviembre, 19.30 horas. Entrada Libre